

**EDICIÓN CRÍTICA Y ESTUDIO DE *MEMORIAS DE LOS
PADRES Y HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE LA
PROVINCIA DE NUEVA ESPAÑA, DIFUNTOS DESPUÉS DEL
ARRESTO (1767-1787)*, DE FÉLIX DE SEBASTIÁN**

COLECCIÓN

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISPÁNICOS EN LA MODERNIDAD (IEHM)

Esta colección pretende recoger estudios que analicen desde las perspectivas filosófica, filológica, histórica, jurídica y teológica la historia de las ideas de origen hispánico desde el Renacimiento hasta la primera mitad del siglo XVIII. Por su naturaleza interdisciplinar, da cabida a trabajos de diferente orientación. Publica, de manera preferente, aquellas contribuciones propias de las líneas de investigación del Instituto de Estudios Hispánicos en la Modernidad. Además de los grandes temas del hispanismo moderno, la colección contempla también algunos estudios particulares sobre el caso balear.

CONSEJO EDITOR – EDITOR ADVICE

Rafael RAMIS BARCELÓ (Director)

Fernando RODRÍGUEZ-GALLEGO (Subdirector)

Francisco José GARCÍA PÉREZ (Secretario)

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Igor AGOSTINI (Università del Salento)

Fausta ANTONUCCI (Università di Roma 3)

Luisa BRUNORI (Université de Paris-Nanterre)

Pierre CIVIL (Université Sorbonne Nouvelle-Paris 3)

Rafael DOMINGO (Universidad de Navarra)

Costantino ESPOSITO (Università di Bari)

Santiago GARCÍA JALÓN DE LA LAMA (Universidad Pontificia de Salamanca)

Folke GERNERT (Universität Trier)

Ofelia REY CASTELAO (Universidad de Santiago)

Alexandra TESTINO ZAFIROPOULOS (Institut Catholique de Paris)

ESTELA CASTILLO HERNÁNDEZ

**EDICIÓN CRÍTICA Y ESTUDIO DE *MEMORIAS DE LOS
PADRES Y HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE LA
PROVINCIA DE NUEVA ESPAÑA, DIFUNTOS DESPUÉS DEL
ARRESTO (1767-1787), DE FÉLIX DE SEBASTIÁN***

EDITORIAL SINDÉRESIS
2025

1ª edición, 2025

© Estela Castillo Hernández

© 2025, Editorial Sindéresis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España

Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 979-13-87929-27-5

Depósito Legal: M-25820-2025

Produce: Óscar Alba Ramos

Ilustración portada: Acuarela de Laura Jácome Cessa

Impreso en España / Printed in Spain

**Este libro ha sido financiado gracias a la ayuda de la Vicepresidència
i Conselleria d’Innovació, Recerca i Turisme y cofinanciado por
el Fondo Social Europeo.**

Direcció General d’Innovació i Recerca, del Govern Balear



Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer en principio a Fernando Rodríguez-Gallego, por la lectura atenta de este libro y sus innumerables sugerencias. Agradezco también a Aurora Díez-Canedo y a Ángel José Fernández, por sus comentarios siempre atinados y enriquecedores sobre la historia de México y Latinoamérica; a Leticia Mora, por fomentar en mí la necesidad de reconocer y atender diversas causas sociales, a través de la literatura y del ejercicio crítico y creativo.

Agradezco al personal de los diversos archivos, fondos y bibliotecas que consulté, por su amable apoyo en la revisión de libros y manuscritos: el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional de México, el Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, particularmente a Andrés Pérez, historiador y protector de los acervos jesuitas; la Biblioteca Francisco Javier Clavijero de la Ibero-Campus Ciudad de México, la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México y, finalmente, la Biblioteca Comunale dell'Archiginnasio, en Bolonia.

El desarrollo y culminación de este proyecto de investigación me tomó cerca de una década, en la que recibí apoyo del “Programa de becas posdoctorales en la UNAM”, mientras era becaria del Instituto de Investigaciones Filológicas, y del “Programa para el Desarrollo Profesional Docente” de la Secretaría de Educación Pública, mientras me desempeñaba como Investigadora de Tiempo Completo en la Universidad Veracruzana. Finalmente, agradezco muchísimo a los lectores de los borradores y pruebas finales de este libro, así como a los formadores, en especial a Diego Lima, Omar Pérez, Porfirio Castañeda y Óscar Alba, quienes velaron siempre por el cuidado de la edición.

*A mi madre, Isabel Hernández,
por su amor incondicional*

*A mis hijos, Sebastián y Santiago,
por enseñarme a mirar el mundo de manera más amable*

*A mis hermanos y sobrinos,
por su acompañamiento*

*A mis amigos, a quienes cuento con los dedos,
por saber escuchar y mostrarse siempre solidarios*

ÍNDICE

ESTUDIO INTRODUCTORIO	21
I. <i>MEMORIAS</i> DE FÉLIX DE SEBASTIÁN: ENTRE LOS GLORIOSOS TRABAJOS DE LOS JESUITAS EN NUEVA ESPAÑA Y EL EXILIO DE 1767	21
II. GÉNESIS Y DESTINO DE LAS <i>MEMORIAS</i> : LOS AVATARES DE SU ESCRITURA	29
1. <i>Peculiaridades de los manuscritos</i>	34
 EDICIÓN, VARIANTES Y NOTAS	47
I. CRITERIOS DE EDICIÓN	47
II. FUENTES Y SIGLAS BIBLIOGRÁFICAS	50
 Memorias de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús de la provincia de Nueva España, difuntos después del arresto acaecido en la capital de México el día 25 de junio de 1767.....	51
 [Nota introductoria] (<i>Deseoso de que no se pierda...</i>)	51
 AÑO DE 1767	
1. Hermano Pedro Arenas (escolar)	53
2. Padre Pedro Blanco	53
3. Hermano Manuel José Oyarzun	54
4. Padre Antonio Ruiz	55
5. Hermano Felipe Galar	56
6. Padre Agustín Carta	57
7. Padre José Berrio	58
8. Hermano José Palacios	59
9. Hermano José Jordán.....	59
10. Padre José Calderón	60
11. Padre Miguel González	60
12. Padre Pedro Reales	61
13. Hermano Juan Hinteregger	62
14. Hermano José Redona (escolar)	62
15. Padre Ignacio González	63
16. Hermano José Vásquez	63
17. Padre Pedro de Castañeda	63
18. Hermano Jorge Schultz	64
19. Padre Juan de Dios Cisneros	65
20. Hermano Francisco Fornés (escolar)	65

21. Hermano Tomás Arsdekín	65
22. Padre Francisco Igarategui	66
23. Hermano Juan Esparza	66
24. Padre Antonio Salas	67
25. Padre Marcos González	68
26. Hermano Diego Rancurel	68
27. Hermano Ginés Martínez	69
28. Hermano Pedro Mínguez	69
29. Padre Juan de Villavicencio	70
30. Hermano Pedro de Torres	70
31. Padre José Ignacio Calderón	71
32. Padre José Félix Diez	72
33. Padre José Urtasun	72
34. Padre José Mariano Velasco	73
35. Hermano Francisco Pardo	73
36. Padre Mariano Fontecha	74
37. Padre José Guerrero	74
38. Padre Antonio Corro	75
39. Padre Martín Alcocer	75
40. Padre Nicolás de Calatayud	76
41. Padre Alonso Corro	77
42. Hermano José Borrote	78
43. Hermano José Muñoz (escolar)	78
44. Padre Juan Ignacio Tembra	79
45. Padre José Cepeda	80
46. Hermano Ramón Peralta	81
47. Padre Antonio Paredes	81
48. Hermano Juan Laudner	82
49. Padre José Iranzo	82
50. Padre Juan González	83
51. Hermano Francisco Villars	84
52. Padre Miguel Benjumea	84
53. Padre Bartolomé Braun	85
54. Padre Manuel Cléver	86
55. Padre Miguel Castillo	87
56. Padre José Elvillar	88

AÑO DE 1768

57. Padre Tomás Cabañas	89
58. Hermano Manuel Ibáñez	89

59. Hermano Vicente Vera	90
60. Hermano Baltazar Porras.....	91
61. Padre Francisco Morales	91
62. Hermano Santiago Palacios	92
63. Padre José Palomino	93
64. Hermano Tadeo Rosales	93
65. Padre Joaquín Munave	94
66. Padre José Acosta	94
67. Hermano Eugenio Zambelli	95
68. Hermano Francisco Javier Yarza	95
69. Hermano Francisco Puisac	96
70. Padre José de Ortega	97
71. Padre José Bernardo Muñoz	97
72. Padre Roque Andonaegui	98
73. Padre Joaquín Insausti	98
74. Padre Sebastián Cava	99
75. Padre Martín Goenaga	101
76. Padre Bartolomé Wolff	102
77. Padre Juan de Arriola	103
78. Padre Pedro Pablo Macida	104
79. Padre Enrique Kürtzel	104
80. Padre Francisco Villarroya	105
81. Padre Nicolás Perera	105
82. Padre Miguel Fernández Somera	106
83. Padre Lucas Merino	106
84. Padre Maximiliano Le Roy	107
85. Padre Alejandro Rapicani	108
86. Padre José Ronderos	109
87. Padre Pío Laguna	109
88. Padre Francisco Javier Pascua	110
89. Padre Francisco Hlawka	111
90. Padre Juan Nentuig	112
91. Padre Pedro Díez	113
92. Padre Manuel Aguirre	114
93. Padre Fernando Berra	115
94. Padre José Liébana	116
95. Padre Cristóbal Hierro	116
96. Hermano Antonio Urroz	117
97. Padre Ramón Sánchez	118
98. Padre José Watzek	119

99. Padre Bartolomé Sáenz	119
100. Padre Francisco Pérez	120
101. Padre Agustín Márquez	122
AÑO DE 1769	
102. Padre Francisco Aramburu	127
103. Padre Isidro Abee	129
104. Padre Ramón Rivero	129
AÑO DE 1770	
105. Padre Francisco Javier Paver	131
106. Padre Ignacio Amorín	132
107. Hermano José Miranda	133
108. Padre José Iturriaga	134
109. Padre Agustín Palomino	134
110. Hermano Sebastián Vergara	135
111. Padre Juan de Castañeda	136
112. Padre Francisco Ceballos	137
113. Padre Pedro Lucena	140
114. Padre Pedro Zazurca	141
115. Hermano Juan Bonelo (escolar)	141
116. Padre Tomás Arruti	142
117. Padre José Luis Aguirre	143
118. Padre José Cabrera Roldán	143
119. Hermano Manuel Sánchez	144
120. Padre Julián Solano	145
121. Padre Alberto Zarzosa	146
AÑO DE 1771	
122. Padre Juan Rodríguez	147
123. Padre Francisco Javier Alcocer	147
124. Padre Felipe Lugo	148
125. Padre Ignacio Fano	149
126. Padre José Valoes	149
127. Padre Antonio Romero	150
128. Padre Vicente Gómez	151
129. Padre Manuel Vivanco	152
130. Padre Mariano González	153
131. Padre Ildefonso Fernández	153

132. Hermano Juan Antonio Cossío	155
133. Padre José Lucas Anaya	155
134. Padre José Quintana	156
AÑO DE 1772	
135. Padre Ignacio Tagle	157
136. Padre Tomás Bascuas	157
137. Hermano Basilio Blanco	158
138. Padre Faustino de la Vega	159
139. Padre Cayetano Cortés	160
140. Padre Pedro Aguirre	160
141. Padre Joaquín Rodríguez Calado	161
142. Hermano José Barragán (escolar)	162
143. Padre Ignacio Mozárabe	162
144. Padre Isidro Saavedra	163
145. Padre Dionisio Pérez	164
146. Padre Juan de Urrutia	165
AÑO DE 1773	
147. Padre Simón Larrazábal	167
148. Padre Carlos de Rojas	167
149. Padre Bernardino Ortiz	168
150. Hermano Adrián García	169
151. Padre José Pazin	170
152. Padre Pedro Astegui	170
153. Padre José Neve	171
154. Hermano Juan Francisco Ponce de León	172
155. Padre Salvador de la Gándara	172
AÑO DE 1774	
156. Padre Juan Francisco Acuña	177
157. Padre José Santelices	177
158. Padre Nicolás Sacchi	178
159. Padre Eugenio Ramírez	179
160. Hermano Miguel Sabel	179
161. Hermano Toribio García	181
162. Padre Juan Villaamil	182
163. Padre José Carrillo	182
AÑO DE 1775	
164. Padre Laureano Bravo	185

165. Padre Joaquín Trujillo	185
166. Hermano Gabriel Caravantes	186
167. Padre Juan Francisco Régis Salazar	186
168. Padre Jorge Fraydenegg	187
169. Hermano Juan Coveaga	188
170. Padre Tomás Zayas	189
171. Hermano Juan Bautista Frankenheiser	189
172. Padre Juan Ildefonso Tello	190
173. Padre Manuel Guraya	192
174. Padre José Miguel Sierra	192
175. Padre Salvador de la Peña	193
176. Hermano José Olavarrieta	194
AÑO DE 1776	
177. Padre Pedro Palacios	196
178. Hermano Martín Barroso	196
179. Padre Ignacio Ronderos	197
180. Padre Agustín Arriola	198
181. Padre Tomás de Sandoval	200
182. Padre José Cimiano	200
183. Padre Diego Verdugo	201
184. Padre Lorenzo García	201
185. Padre Manuel Sánchez	202
186. Padre José Nájera	202
187. Padre José Utrera	203
AÑO DE 1777	
188. Hermano Pedro Inchaurrandieta	205
189. Hermano Pedro Sobrino	205
190. Padre Enrique Álvarez	207
191. Hermano Diego Barón	207
192. Padre Nicolás Peza	208
193. Padre Ignacio Calderón	210
194. Hermano José Blanco	210
195. Padre José Palomo	211
196. Padre Ignacio Maldonado	212
197. Padre José Rafael Campoy	212
AÑO DE 1778	
198. Hermano Manuel Vargas Machuca	214

199. Padre José Pedro Salazar	214
200. Padre José de Estrada	215
201. Padre Miguel Ruiz	216
202. Padre Manuel Velasco	216
203. Padre José Castillo	217
204. Padre Juan José Nava	219
205. Padre Manuel Sotelo	219
206. Padre Francisco Timoteo Cosío	220
207. Padre Vicente Rubio	221
AÑO DE 1779	
208. Padre José Bueno de la Flor	222
209. Padre José de Garfías	222
210. Hermano Agustín Quijano	223
211. Padre Luis Martín	224
212. Padre José Paredes	225
213. Padre Santiago Sedelmayer	227
214. Padre Felipe Ruanova	227
215. Padre Luis Ángel Yáñez	228
216. Padre Pablo Robledo	229
217. Padre Miguel Baquera	230
218. Padre Diego José Abad	231
219. Padre Ignacio Cova	232
AÑO DE 1780	
220. Padre José Luis Pastrana	234
221. Padre Pedro Rotea	235
222. Padre Pedro Cesati	237
223. Padre Antonio Cid	239
224. Padre José Cataño	240
225. Padre Juan de la Fuente	241
226. Hermano Salvador Rodríguez	242
227. Padre José Hidalgo	243
228. Padre Manuel Cartagena	244
229. Padre Juan de Chávez	245
230. Padre Pedro Martí	247
AÑO DE 1781	
231. Padre Salvador Dávila	248
232. Padre Vicente Zuazo	249

233. Padre Joaquín Tapia	250
234. Padre Manuel Cosío	251
235. Padre Ignacio Ibarburu	251
236. Padre José Antonio Hidalgo	252
237. Padre José Rafael Meléndez	253
238. Padre Miguel Ibarburu	254
239. Padre Miguel López	256
240. Padre Juan Lorenzo Salgado	257
AÑO DE 1782	
241. Padre Miguel Carranza	261
242. Padre Lorenzo Echave	262
243. Padre Francisco Ita	263
244. Padre Gabriel Viedma	264
245. Padre Diego Barrera	264
246. Padre Juan de Torija	265
247. Padre Miguel Ortiz	267
248. Padre José Goicoechea	268
249. Padre Francisco Chávez	269
250. Padre Salvador Bustamante	269
AÑO DE 1783	
251. Padre Juan Francisco López	271
252. Padre Francisco Vadillo	274
253. Padre Ignacio Zamorano	276
254. Padre Martín Vallarta	277
255. Padre Andrés de la Fuente	278
256. Hermano José Castañeda	279
257. Padre José Urbiola	279
258. Padre Vicente Guerra	283
259. Padre Juan Francisco Irigorri	284
260. Hermano Melchor Ruelas	285
261. Padre Francisco Javier Anaya	286
262. Padre José Bellido	288
AÑO DE 1784	
263. Padre Juan Ramírez	294
264. Padre Juan Manuel Araoz	295
265. Padre José Cincunegui	296
266. Padre José Mariano Gondra	297

267. Hermano Francisco López	298
268. Padre Francisco Javier Yáñez	298
269. Padre Juan de Dios Noriega	300
270. Padre Francisco Javier Gómez	302

AÑO DE 1785

271. Padre Nicolás Vásquez	307
272. Padre Antonio de Agreda	308
273. Hermano Fernando Zerio	309
274. Padre Andrés García	311
275. Padre Pedro Llanes	312
276. Padre Andrés Soriano	313
277. Padre Miguel Valdés	315
278. Hermano Rafael Buitrón	316
279. Padre Manuel Arce	318
280. Padre José Vallejo	321
281. Padre Antonio Ríos	323
282. Padre Víctor Brotons	326
283. Hermano Juan Antonio Ruidíaz	328
284. Padre José Anguas	331
285. Padre Juan de Guraya	337
286. Padre Manuel de Alba	341
287. Padre Francisco Javier González	344
288. Padre José Joaquín Izquierdo	347

AÑO DE 1786

289. Padre José Ignacio Doporto	349
290. Padre Pedro Gallardo	350
291. Hermano Francisco Javier Gerardi	354
292. Padre Benito Inocencio Velasco	356
293. Padre José María Zamorano	359
294. Padre Juan Miguel Quintanilla.....	363
295. Padre Pedro de Iturriaga	369
296. Padre Alonso de Espinosa	374
297. Padre Francisco Vidal	378
298. Padre Miguel Gadea	382
299. Hermano Martín María Montejano	387

AÑO DE 1787

300. Padre José Mariano Iturriaga	393
---	-----

301. Padre Francisco Javier Rivero	396
302. Padre Juan Antonio Sedano	405
303. Padre Francisco Javier Clavijero	408
304. Padre Francisco Miranda	415
305. Hermano José Calderón (escolar)	419
306. Hermano Juan Bautista Eguzquiza	420
307. Padre José Gervasio Rincón	423
308. Hermano Joaquín Zia	425
309. Padre Claudio González	430
310. Padre Bartolomé Cañas	435
ANEXO	
311. Padre José Garrucho	442
BIBLIOGRAFÍA	447
ÍNDICES	451
I. ÍNDICE ONOMÁSTICO	451
II. FUNDACIONES E INSTITUCIONES JESUÍTICAS	462
III. SANTORAL JESUÍTICO	468

ESTUDIO INTRODUCTORIO

I. MEMORIAS DE FÉLIX DE SEBASTIÁN: ENTRE LOS GLORIOSOS TRABAJOS DE LOS JESUITAS EN NUEVA ESPAÑA Y EL EXILIO DE 1767

En la madrugada del 25 de junio de 1767 «un tropel de hombres armados se presentó a la puerta del colegio máximo de San Pedro y San Pablo»¹ de la Ciudad de México, donde se encontraban varios jesuitas aún descansando. La tropa se disponía a ejecutar la orden de Carlos III, quien mandaba expulsar a todos los miembros de la Compañía de los territorios hispánicos. Si bien el decreto real, firmado el 27 de febrero de 1767, señalaba que los ignacianos debían ser desterrados de todos sus dominios al mismo tiempo, en otras provincias, ciudades y misiones, por la difícil comunicación de la época y las distancias, la expulsión se inició días, e incluso meses, después de lo ordenado.

A pesar de estos contratiempos, se desterró a los jesuitas de Nueva España, desde los rectores, maestros y escolares de la Ciudad de México, comenzando por el colegio máximo, hasta aquellos que se hallaban en las misiones más apartadas de la provincia novohispana. Por este mandato, el sacerdote Félix de Sebastián (1736-1815)² salió del pueblo de Tubares, perteneciente a la misión de Chinipas –hoy Chihuahua–, con destino al puerto de Veracruz, donde lo esperaba un barco, en el que con otros ignacianos viajaría hasta La Habana. Allí, según escribe el misionero, fue embarcado en una urca «de pésima construcción», llamada «La Bizarra». Las consecuencias nefastas de su mala fábrica, aunadas a la impericia del capitán y al mal temporal en el mar, no se hicieron esperar, pues el barco, en su trayecto a España, perdió el timón y el palo mayor, le cayó un rayo que pulverizó los víveres, impactó contra rocas y cayos que lo abollaron, lo cual provocó finalmente un terrible naufragio (mems. 155 y 375)³.

Por razones hoy desconocidas, hacia 1761, o quizá antes, Félix de Sebastián había pasado a Nueva España para continuar con su formación religiosa jesuita (1761-1764); era oriundo de Sanlúcar de Barrameda, donde había nacido el 27 de diciembre de 1736⁴, y había ingresado al noviciado de San Luis de Sevilla el 5 de septiembre de 1754, cuando tenía 17 años. En 1765, había sido ordenado

¹ Rodríguez, 1944, p. 153.

² Véase Pérez Alonso, 1978, p. 2. En los catálogos jesuitas, el misionero aparece con dos nombres de pila: «Félix José de Sebastián», pero, según las dos cartas autógrafas que he localizado, cuya referencia anoto más adelante, prefería y firmaba solo con su primer nombre: «Félix de Sebastián».

³ En adelante, toda cita de las *Memorias* procede de la edición crítica aquí presentada. Utilizo la abreviatura «mem.», seguida de un número, para referirme a una memoria en particular.

⁴ Pérez Alonso, 1978, p. 2.

sacerdote por el obispo de Oaxaca Miguel Anselmo de Abreu, en la ciudad de Puebla⁵, y al siguiente año, 1766, fue enviado como misionero al pueblo de Tubares, de donde fue desterrado. Luego de una gran travesía y de expatriarse en Bolonia, De Sebastián, «deseoso de que no se [perdiera] del todo la memoria de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús de [su] provincia de Nueva España, que gloriosamente ha[bían] muerto en el destierro»⁶, escribe unas «breves» memorias de los jesuitas expulsados y fallecidos a partir de 1767 y hasta 1796, para que sirvieran de ejemplo y edificación a los hombres venideros; estas semblanzas las tituló *Memorias de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús de la provincia de Nueva España, difuntos después del arresto acaecido en la capital de México el día 25 de junio de 1767*.

Aunque su «asunto» no fue «escribir vida completa de cada uno», como apunta en su nota introductoria, sus semblanzas biográficas son de valía por diversas razones, entre estas por su carácter testimonial, ya que la información compendiada provenía de la cercanía que tuvo con muchos ignacianos, de lo que había observado y experimentado, y de lo que pudo saber, por medio de informes de varias «personas fidedignas», sobre los jesuitas que no logró conocer, pues «habiendo habitado una tan extendida provincia, no podía tener noticias individuales de [los] trabajos y afanes apostólicos» de todos. De Sebastián se detiene en los gloriosos «trabajos» que realizaron los miembros de la Compañía de Jesús en América y Europa, por lo que sus semblanzas contienen valiosas noticias para conocer la obra integral jesuita respecto al culto religioso, la devoción hacia los santos, su vocación docente, la exaltación de virtudes, la promoción entre estudiantes y profesores del ejercicio de escritura en sus más diversas modalidades y, finalmente, sobre los avances de la cultura americana.

Esos notorios trabajos en los campos espiritual, intelectual, social y material son los que el misionero deseaba mantener vivos en el recuerdo de los jesuitas sobrevivientes al destierro y de cuanto hombre, seglar o regular, leyera sus manuscritos. Su obra aspiraba a ser un amuleto contra el olvido al evocar aquellas obras realizadas por los ignacianos fallecidos. De ahí el título puesto a su obra: *Memorias*, pues esta, además de ser una relación de los recuerdos insignes que aún se conservaban de los desterrados, aspiraban a mantenerlos presentes, a no olvidarlos, a inmortalizarlos. Sus semblanzas se pueden concebir como un monumento para honrarlos, para darles la debida gloria que merecían.

Pese a la imposibilidad de conocer a todos los ignacianos exiliados de Nueva España y de profundizar sobre sus vidas, Félix de Sebastián se impuso la tarea de «dar alguna noticia [aunque mínima] de cada uno de [...] los que en el destierro

⁵ Véase Gutiérrez Casillas, 1761, t. 15, p. 523.

⁶ Véase la «[Nota introductoria]» de esta edición.

ha[bian] dado fin a la gloriosa carrera de su vida» (mem. 316). Para esa monumental empresa, logró redactar 389 memorias, de las cuales 263 tratan sobre jesuitas que nacieron en América, mayormente en la provincia novohispana, las misiones del noroeste y la capitanía general de Guatemala; y 126 semblanzas sobre los nacidos en Europa, entre los que destacan españoles, alemanes, checos, franceses e italianos. Por rescatar las diversas obras realizadas por los ignacianos a finales del siglo xvii y a lo largo del xviii, el texto de Félix de Sebastián cumple con esa «intención apologética» que, a decir de Inmaculada Fernández, tenían la mayoría de los textos que trataron el tema de la expulsión de los soldados de Cristo⁷; asimismo, por contextualizar varios hechos y acciones durante 1767, la obra se emparenta con los distintos diarios e historias que sobre el exilio jesuita hicieron Rafael de Celis, Antonio López Priego, Francisco Javier Clavijero y, entre otros novohispanos, Francisco Javier Alegre.

Si bien Félix de Sebastián no era nativo de Nueva España, dedicó la mayor parte de su vida a escribir las *Memorias*, las cuales dispuso en su obra conforme a la fecha en que iban muriendo sus hermanos ignacianos en el destierro, y en las que da numerosas muestras de una gran sensibilidad al recrear diversas situaciones, ya penosas, ya felices, que puede vivir el ser humano. Su viaje temprano a la Ciudad de México desde el Viejo Mundo y su contacto con diversos americanos, le despertó un gran afecto y amor por el territorio novohispano, por sus hermanos jesuitas y por los indios. En una carta a su padrino, el padre José Hidalgo, provincial de misiones en el colegio de San Andrés de México, le expresaba lo gustoso que estaba al ser enviado a las misiones del noroeste de la provincia y el cariño que tenía por diversos miembros de la Compañía:

Me acaba de señalar el padre provincial para las misiones de Sonora, asignación que he recibido [con] suma complacencia. Mi salida [no] sé cuándo será, pues creo he de tener antes ejercicios. Yo nada tengo de avío, ni intención de proveerme de nada aquí; y así encargo a vuestra reverencia me haga favor de solicitarme todo cuanto juzgare me es necesario, que con lo que vuestra reverencia hiciere me doy por contento. El padre Castro y el padre Pedro Díez tienen la misma asignación, y están gustosos. El padre Chávez queda bueno, y así él como yo sentimos el separarnos, mas qué hemos de hacer, sino resignarnos en la voluntad de Dios [...]⁸.

En esta carta se aprecian diversas virtudes de Félix de Sebastián: en principio, la amistad con otros ignacianos, de quienes se separa, pues abandona Puebla; luego, su pobreza y desprendimiento de las cosas materiales, y, por último, su obediencia, voto carísimo a la orden jesuita. Parte de esas virtudes, de sus relaciones

⁷ Fernández Arriaga, 2002, p. 495.

⁸ México, Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, sección III, caja 1, ff. 1r-lv. De la carta «P. Félix de Sebastián a su P. padrino. Puebla» (15 de noviembre de 1766) se modernizó la ortografía y se adecuó la puntuación.

amistosas, de su capacidad de observación, de su memoria privilegiada y de su poder de evocación, se aprecian en sus *Memorias*, pues el escritor se detiene en diversos hechos cotidianos, como los conflictos, dilemas, penas, enfermedades, alegrías, dichos y palabras de los jesuitas fallecidos (muchos de los cuales conoció personalmente), para narrarlos con un estilo ameno y digno de citarse.

Aquí es necesario destacar que este misionero, a diferencia de otros jesuitas que solo se centraron en escribir sobre los miembros más célebres de la Compañía, como lo hicieron Juan Luis Maneiro⁹, Manuel Fabri, Andrés Cavo y, entre otros, Salvador Dávila, decidió ocuparse también de los de menor grado de su instituto, como eran los coadjutores espirituales y los coadjutores temporales, que aunque jerárquicamente estaban abajo de los profesos de cuatro votos en el sistema creado por Ignacio de Loyola, tenían un papel básico en la organización y funcionamiento de su orden religiosa. El mismo Félix de Sebastián fue un coadjutor espiritual, es decir, un sacerdote con los conocimientos necesarios en letras, que había hecho solo tres votos públicos (pobreza, castidad y obediencia) y se dedicaba a tareas espirituales y de apoyo en la Compañía de Jesús; y, aunque no alcanzó el título de profeso de cuarto voto y a menudo desempeñaba trabajos menores y de carácter administrativo (como los señalados en la carta dirigida al padre Juan María Llantada, el 06 de octubre de 1766)¹⁰, reconocía que la perfección de su instituto residía en que cada uno de sus miembros conocía y respetaba el lugar que, de acuerdo a su naturaleza y talentos, se le había otorgado en esa comunidad para realizar diversos servicios, por más humildes que estos parecieran. El ser coadjutor no le significó una limitación para poder escribir las semblanzas tanto de sus superiores, profesos de cuatro votos, como de sus iguales, coadjutores y escolares; antes bien le supuso un reto que llevó a cabo no sin sentirse en diversas ocasiones incapaz de plasmar la grandeza de las acciones de sus compañeros de exilio, que se vieron hermanados por esta terrible circunstancia; a todos ellos, dedica diversas páginas que denotan admiración y respeto, e incluso llega a representar a algunos como hombres santos y bienaventurados, de los cuales conserva como reliquia sus documentos, breves escritos o anotaciones (mem. 301).

Como reza el título de la obra, el escritor destaca en sus *Memorias* cómo vivieron algunos ignacianos la experiencia trágica, penosa y desconcertante del

⁹ Me aventuro a señalar que el lugar que ocupan las *Memorias* de Félix de Sebastián en la literatura novohispana es comparable a la obra *De vitis aliquot mexicanorum* de Juan Luis Maneiro, quien se ocupa de la vida de treinta y cinco jesuitas desterrados que se destacaron por su «virtud» y sus «letras». Pese a esto, los críticos solo se han detenido en *De vitis* y han ignorado las cualidades de las «memorias».

¹⁰ «Félix de Sebastián a Juan María Llantada», en «Legajo de 82 cartas de la correspondencia particular del padre Juan María Llantada», México, Archivo General de la Nación, Fondo Indiferente, caja 1689/6768/12, exp. 012, f. 12r.

exilio; y sus semblanzas le sirven para evidenciar las consecuencias nefastas que trajo la orden del destierro, por lo que a los fines explícitos de sus *Memorias*, que aparecen en su nota introductoria, deben agregárseles intenciones implícitas, que pueden leerse entre líneas a lo largo de la obra: ahí es posible hallar un velado propósito de denuncia y desacuerdo con la ideología imperante y, sobre todo, con la orden de destierro de 1767; ahí también pueden encontrarse distintas injusticias que vivieron los misioneros antes del exilio, cuando fueron obligados a ceder sus misiones al clero secular; ahí, además, puede descubrirse una narrativa del exilio jesuita, que cifra los momentos más emblemáticos del destierro: los viajes por mar y tierra, los obstáculos que debieron sortear, la violencia verbal, psicológica y física que sufrieron, las estrategias que utilizaron para sobrevivir, las pérdidas humanas que atestiguaron y, entre otros elementos, la injusticia, necedad e ignorancia de quienes fueron los encargados de ejecutar la orden de expulsión: los comisionados o comisarios que asumen, las más de las veces, la figura del victimario.

Pero esta obra no solo se reduce a señalar a los victimarios, sino también presenta a algunas figuras benefactoras de los jesuitas, como fueron capitanes, seglares, indígenas, etc.; asimismo, muestra diversos benefactores divinos, tales como Dios, Cristo, la Virgen en sus diferentes advocaciones (la Guadalupana, la Madre Santísima de la Luz, la de los Dolores, entre otras), y una cantidad significativa de santos asociados a la Compañía; de manera que en esta narrativa del exilio hay una variedad de personajes, cuya interacción puede exhibir tanto la persecución de la que fueron objeto los jesuitas, como las relaciones favorecedoras que establecieron los ignacianos dentro y fuera de la Compañía. En la mayoría de las memorias se enfatiza el fuerte espíritu religioso de los jesuitas, que se acrecienta a medida que suceden los desplazamientos físicos o es probada su fe, e incluso hay ignacianos que asumen el destierro como una forma de expiación o de emular la vida de Cristo. Como sugiere Efrén Ortiz, este tipo de escrituras se caracteriza por dotar un acontecimiento político de un sentido simbólico, en el que se reviste de un designio divino aquellas decisiones tomadas por la corona española¹¹; y en este cruce de discursos (mítico, histórico, literario y político), los soldados de Cristo encuentran, en más de una ocasión, sentido a su existencia.

Continuando con las características de la obra, estas semblanzas tienen como antecedentes otras formas biográficas compuestas por los ignacianos desde el siglo XVI y en las que, después de haberlas cultivado con ahínco, encontraron cierta predilección y gusto, como son las cartas de edificación, las vidas ejemplares, los menologios y las hagiografías. Estas manifestaciones compartían

¹¹ Ortiz Domínguez, Prólogo, 1988, p. 18.

varios elementos entre sí y algunas veces difícilmente se podían deslindar en las obras preparadas por los soldados de Cristo. Como bien ha señalado Inmaculada Fernández, las semblanzas de Félix de Sebastián guardan una estrecha relación con la primera forma mencionada¹²: las cartas de edificación, aunque también tienen parentesco temático y estilístico con las otras tres.

Hay que recordar que las cartas de edificación eran «pequeñas piezas narrativas biográficas» que se escribían cuando algún miembro de la Compañía moría¹³. Los rectores de los colegios tenían la obligación de avisar a los provinciales sobre los decesos de los jesuitas para que ellos lo informaran a la comunidad. Posteriormente, se hacía la carta de edificación, en la que, a decir de María Águeda Méndez, quedaban asentados «datos biográficos y familiares del hermano jesuita del que se trata, sus estudios, rasgos de carácter, actividades y puestos en la Compañía, exaltación de sus virtudes y actos (algunos prodigiosos) dignos de mención, hora, día, mes y año del fallecimiento, recepción de los sacramentos y un comentario final sobre la irreparable pérdida que significó su partida»¹⁴. Parte de estos elementos se encuentran en las Memorias, las cuales regularmente siguieron esta estructura: 1) fecha y lugar de nacimiento del jesuita fallecido; 2) estatus social y económico de sus padres o familiares; aquí cabe destacar que era mayormente ensalzado el jesuita que abandonaba las comodidades del mundo o dejaba los bienes de una familia ilustre y rica, para seguir a Cristo en la pobreza; 3) ingreso a la Compañía de Jesús como novicio –regularmente eran muy jóvenes cuando decidían entrar a la Compañía, pero existen ignacianos que deciden integrarse cuando ya son adultos u hombres maduros– y el grado alcanzado en la orden: profesos de cuatro votos, coadjutores, sacerdotes escolares, entre otros; 4) puestos y actividades en la Compañía: profesores, operarios, rectores, provinciales, etc.; 5) rasgos de carácter y descripción de sus actos y dichos importantes, realizados tanto en los colegios o las misiones, como en su trato con los seculares; 6) enfermedades o padecimientos antes y después del destierro; este apartado dentro de las memorias resulta sumamente atractivo porque hace notoria la cercanía que el misionero tuvo con distintos hermanos de la Compañía durante los momentos críticos y finales de sus vidas; asimismo, porque sus descripciones son muy realistas y, en ocasiones, escatológicas y sugestivas¹⁵; también, porque muestra el pensamiento médico de la época y, finalmente, porque propone en diversas semblanzas que la enfermedad es otra de las consecuencias funestas que trajo el destierro y la

¹² Fernández Arriaga, 2002, p. 504.

¹³ Véase Águeda Méndez, 2006, pp. 181-182.

¹⁴ Véase Águeda Méndez, 2006, p. 185.

¹⁵ A lo largo de las *Memorias* se puede observar que la Compañía recibió y acobijó a diferentes hermanos con alguna patología mental, que iba desde leves traumas, discapacidades intelectuales y depresiones, hasta la locura y potenciales suicidios.

convierte en un elemento fundamental de su narrativa del exilio; 7) penalidades durante el destierro y después en el exilio, entre las que destacan naufragios, secuestros de corsarios y piratas, prisión en conventos y quedarse varados mientras dos reinos se encontraban en guerra; 8) fecha detallada de la muerte: si se conocía el dato, el autor colocaba la hora exacta de muerte, además del día, mes y año; en algunas ocasiones se pueden reunir algunos ignacianos en serie, pues sus muertes son consecutivas y por las mismas circunstancias, como los fallecidos por vómito negro; 9) recibimiento del sacramento de la extremaunción; 10) iglesia o parroquia donde fue enterrado y 11) breve comentario en el que se hace un recuento de las virtudes y ejemplaridad del jesuita, que en algunas memorias aparecía a la mitad de la narración y en otras, al final. Dependiendo de la información existente, Félix de Sebastián elaboró semblanzas de distintas extensiones: algunas solo alcanzaron ocho renglones y otras llegaron a ocupar más de una docena de folios.

Respecto a su cercanía con el género hagiográfico, las *Memorias* comparten algunos tópicos y sucesos prodigiosos que eran propios de las vidas de santos: tales serían la presencia del «niño-sabio», multiplicación de alimentos, sanación de enfermos, actos proféticos, sabiduría divina, cuerpos incorruptos, etc. Asimismo, la obra se vincula con los martirologios porque varios ignacianos mueren o sufren de una pasión como los mártires que defendían el cristianismo; así, se menciona a los jesuitas que habían sufrido su propia pasión, ya fuera frente a los bárbaros indios en las misiones, o bien frente a los detractores más acérrimos de la Compañía de Jesús; esta característica ha motivado que investigadores como Antonio Astorgano designen y bauticen las *Memorias* del misionero como un menologio jesuita¹⁶. Por último, el eco de las vidas ejemplares, en las que se exponían públicamente las vidas de ciertos sujetos, cuyo comportamiento servía de ejemplo a sus contemporáneos (podían ser miembros de alguna orden, religiosos, beatos, personajes ilustres, entre otros), también se halla en las semblanzas, pues estas se presentan como modelos de comportamiento, que buscan la emulación de virtudes y acciones, así como la admiración y reconocimiento de los hechos realizados por los ignacianos desterrados.

Referente al estilo, conviene señalar al menos cinco rasgos que caracterizan la escritura de Félix de Sebastián: en primer lugar, el uso abundante de adjetivos en grado positivo o en superlativo para destacar cualidades de los jesuitas fallecidos y ensalzar sus obras; en segundo, el gerundio, forma verbal constante en las semblanzas corregidas de la última versión de las *Memorias*, y que desafortunadamente, en diversos momentos, es utilizada gramaticalmente de manera inadecuada; en tercero, la cláusula absoluta o la construcción concertada, usadas

¹⁶ Véase Astorgano Abajo, 2015, pp. 5-118.

para acortar el relato y expresar diversas ideas con menos palabras; en cuarto, enunciados sin verbo o frases para destacar rasgos de carácter de los ignacianos muertos; y, finalmente, la utilización de palabras en otro idioma, las cuales intercala a lo largo de sus memorias. Es importante indicar que, a diferencia de otras obras jesuitas redactadas en latín con un afán de universalizar el conocimiento, la suya, al estar escrita en español, pretendía alcanzar a otro tipo de receptores que no necesariamente debían pertenecer a un grupo selecto de doctos y eruditos para poder conocer y apreciar las actividades de la Compañía de Jesús. Asimismo, la lengua extranjera que utiliza regularmente este misionero es el italiano, y esta mezcla entre español e italiano, más que ser un signo negativo o demeritorio de su escritura, puede leerse como una evidencia más de su carácter de exiliado, de un ser ajeno que no termina de adaptarse a esa nueva realidad que le impone el destierro; es en ese discurso mixto en el que la palabra revela la situación errante de este personaje.

El misionero tenía treinta años cuando fue exiliado; había pasado cerca de diez años en América. Los siguientes cuarenta y nueve años de su vida los consagró a ser cronista y biógrafo de la Compañía de Jesús. De Sebastián demostró ser un fiel seguidor de la Compañía, pues aun después de la expulsión (1767), de la Supresión de la orden (1773)¹⁷ y del restablecimiento de esta (1814), permaneció en sus filas. Félix de Sebastián murió en Bolonia el 29 de junio de 1815, a los 78 años.

Ahora bien, dadas las cualidades ya mencionadas de las *Memorias* y debido al poco interés que han despertado, se preparó esta edición crítica, en la que se presenta el texto completo de 311 memorias, gran avance si se considera que hasta ahora solo se conocen algunos fragmentos y que, cuando han sido estudiadas, sobre todo por historiadores, ha sido con la intención de extraer de ellas datos que fundamenten diversas investigaciones, pero se ha pasado por alto que la obra de Félix de Sebastián tiene su propia unidad y presenta determinadas características que no se pueden apreciar en su totalidad si solo se conocen algunas paráfrasis o citas extraídas del texto. En su obra, hay una poética, en la que se propone tanto una narrativa del exilio jesuita como una concepción particular del género memoria, y que merece ser tratada y analizada. Esta edición crítica, en la que se consideraron los distintos testimonios que conservan esta obra, pretende hacer posible que estas semblanzas sean conocidas y estudiadas por más lectores e investigadores. Cabe aclarar que, debido a la naturaleza de la obra y a sus etapas de creación, lo cual más adelante se explica al detalle, se procedió a preparar y entregar en dos partes la edición crítica de la obra integral

¹⁷ A lo largo de sus *Memorias*, Félix de Sebastián también titula este suceso con el nombre de «Supresión de la Religión».

(que cuenta con 389 semblanzas); hoy sale a la luz la primera de estas, que comprende, como ya se indicó, un tomo de 311 memorias que habían permanecido inéditas por dos siglos; la segunda parte incluirá la edición crítica de las 78 semblanzas restantes.

II. GÉNESIS Y DESTINO DE LAS MEMORIAS: LOS AVATARES DE SU ESCRITURA

Para conocer el origen y destino de las *Memorias* de Félix de Sebastián es necesario analizar la obra minuciosamente, tanto en su materialidad, como en su contenido, pues esta es el único testigo con el que se cuenta para recrear el proceso de escritura que el misionero siguió al componer su *opus magnum*. De las semblanzas existen dos testimonios; el más antiguo se localiza en la Biblioteca del *Archiginnasio* de Bolonia, que alberga el código de la obra en dos tomos manuscritos autógrafos, con la clasificación Ms. A 531, para el primero, y A 532, para el segundo (en adelante, se le llamará testimonio boloñés). El primer tomo contiene 289 semblanzas (los jesuitas fallecidos de 1767 a 1785) y el segundo, 100 (los que murieron de 1786 a 1796). El segundo testimonio es también un manuscrito autógrafo, en un solo volumen, que se localiza en la sección IV del Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús (AHPM), y que no posee una signatura de clasificación. Este contiene 309 memorias (en adelante, testimonio mexicano)¹⁸. Según los datos que sobre el misionero existen, el origen de ambos testimonios sería el siguiente: a finales del siglo XVIII, De Sebastián habría escrito y completado en Bolonia las semblanzas biográficas de los jesuitas que habían muerto durante los años 1767 a 1787, y, cuando Carlos IV otorgó la autorización para que los ignacianos regresaran a sus patrias (28 de agosto de 1798), el misionero dio al padre Lorenzo José Cavo –uno de los tres jesuitas que habían obtenido permiso para regresar a México– una «copia» que había transcrito, adaptado y modificado del manuscrito boloñés, en especial del primer tomo, «para los primeros jesuitas mexicanos que regresaban a su patria»¹⁹.

En el análisis de ambos testimonios para preparar la edición crítica de la obra, se descubrió que al elaborar la «copia» manuscrita, De Sebastián corrigió errores (fechas, lugares y actividades de los jesuitas fallecidos), resarcía vacíos de información (lugares y fechas de nacimiento, y fechas de entrada a la Compañía de Jesús) y pulió la escritura de 309 memorias, que fueron las que llegaron

¹⁸ Las medidas de las cubiertas del ms. mexicano son de 230 x 180 mm (cubiertas flexibles de pergamino) y este testimonio tiene 287 folios de papel de trapo; mientras que las cubiertas del primer tomo del testimonio boloñés son de 203 x 145 mm (A 531, encuadernación holandesa), y cuenta con 311 folios de papel de trapo; y, finalmente, las del segundo tomo son de 233 x 173 mm (A 532, encuadernación holandesa), y contiene 202 folios del mismo material.

¹⁹ Pérez Alonso, 1978, p. 2.

a Nueva España hacia 1799 en un solo manuscrito. Al hacer el análisis codicológico de ambas fuentes, así como la *collatio externa* y la *collatio codicum*, se concluyó que el testimonio mexicano, es decir, el manuscrito que llegó a la Ciudad de México y que actualmente resguarda el AHPM, cuenta con la versión final de esas 309 semblanzas. Muy seguramente, Félix de Sebastián, después de entregar al jesuita Cavo el testimonio mexicano, continuó escribiendo y así redactó 78 semblanzas más (los jesuitas muertos de 1788 a 1796); memorias que ocupan las dos terceras partes del segundo tomo que se localiza en Bolonia (de la memoria 312 a la 389). Por diversas erratas y vacíos de información que presentan algunas de estas últimas semblanzas (mems. 312-389), se presume que el autor no tuvo el mismo tiempo para revisarlas y corregirlas que con las 309 memorias que llegaron a Nueva España.

Se desconoce la fecha exacta en la que Félix de Sebastián comenzó a redactar las *Memorias*, aunque por comentarios que aparecen en las semblanzas de los padres y hermanos Juan Lorenzo Salgado (mem. 240), Salvador Bustamante (mem. 250), Francisco Javier Anaya (mem. 261), José Bellido (mem. 262), Rafael Buitrón (mem. 278) y Alonso de Espinosa (mem. 296), se conjetura que durante los años 1783 a 1786 se encontraba escribiendo algunas. En la semblanza del padre José Bellido indica:

Así lo pasó hasta que entrado el presente año, que ha sido rigorosísimo en los fríos en casi toda la Europa y por consiguiente en esta parte de la Lombardía, fue descaeciendo poco a poco y, aunque se procuró asistirlo y cuidarlo cuanto fue posible, no obstante se deterioró de modo que ninguna esperanza dejó de su restablecimiento (mem. 262).

Por la locución adverbial «presente año» y el pretérito perfecto compuesto «ha sido», se entiende que en diciembre de 1785, Félix de Sebastián estaba escribiendo esta memoria; ese mismo año estaba redactando otras semblanzas, pues también en la del hermano Rafael Buitrón, quien de igual forma fallece en 1785, hay otra locución adverbial que confirma que durante este periodo fue muy activa su escritura: «De este modo siguió, hasta que *en el pasado año de 84* fue asaltado de una gran melancolía envuelta con grandes escrúpulos, los que degeneraron en unos delirios de mente» (mem. 278, las cursivas son mías). La premura con que compone estas semblanzas indica la cercanía que tenía con algunos de los fallecidos, ya que conoce diversos detalles de sus vidas. Asimismo, un punto que favorece la pronta elaboración de las memorias de los jesuitas Bellido y Buitrón es la proximidad de los espacios en los que fueron confinados la mayoría de los ignacianos de la provincia novohispana: Bolonia y Ferrara; Bellido y Buitrón murieron en Bolonia, ciudad que el autor habitó y en la que murió.

El análisis del primer tomo del testimonio boloñés resulta enriquecedor porque permite vislumbrar la génesis de la obra completa y evidenciar el proceso creativo de las *Memorias*. Como ya se ha indicado, De Sebastián construye parte de sus semblanzas con la información que pudo saber de varias personas fidedignas; tales noticias no siempre le llegaban inmediatamente después de que moría un jesuita de la provincia novohispana, por lo que en el primer tomo del manuscrito boloñés justifica en diversos momentos la falta de orden cronológico en la disposición de las semblanzas, pues varias memorias no aparecen en el lugar que les corresponde según la fecha de muerte de cada jesuita biografiado. Así sucede con la sucinta memoria del padre Salvador Bustamante, que aparece hacia el final de 1783, en vez del año anterior (noviembre de 1782), cuando el jesuita realmente muere, por lo que el autor indica: «Habiéndome llegado muy tarde la noticia de su muerte la pongo en este lugar, correspondiendo al número de la hoja 428» (mem. 250). El misionero da instrucciones al lector para que ubique el lugar donde debería aparecer esta memoria: la hoja 428 del primer tomo del testimonio boloñés; en esta página finalizan las memorias correspondientes al año 1782. Esa nota aclaratoria desaparece en el testimonio mexicano y la semblanza es colocada en el lugar que se debe, con las de 1782. Este desfase cronológico en el primer tomo boloñés sucede con aquellos ignacianos cuya muerte ocurre en territorios lejanos o alejados de los estados pontificios, donde radica De Sebastián, como pasa con el sacerdote Bustamante, quien muere en el convento del Espíritu Santo de Puebla, en el que quedaron prisioneros los ignacianos que por enfermedad o vejez no pudieron salir de la provincia novohispana al momento de la expulsión²⁰; esta misma situación de desajuste temporal se presenta con aquellos soldados de Cristo que provenían de las misiones de América, los cuales por orden real debieron permanecer en España después del destierro: Carlos III había dispuesto que todos los misioneros de Sonora y Sinaloa fueran arrestados y conducidos a diversas cárceles y conventos de España, y no se les permitiera su salida y exilio en los estados pontificios. Sobre estos últimos jesuitas, De Sebastián hace el siguiente comentario:

Y, siendo así que parecía cosa muy natural el saber de los religiosos reclusos en los conventos regulares con más facilidad que los que estaban entre soldados y prisiones, la experiencia ha enseñado no ser así, pues los que han muerto en las prisiones, navíos y demoras de puertos, lo hemos sabido al punto, siendo cosa muy natural en las gentes el dar noticia a los suyos de las muertes de sus parientes y amigos para que los encomienden a Dios. Esta cortesía y cristiana piedad

²⁰ La Real Cédula del destierro disponía que los jesuitas «que se hallasen con actual grave enfermedad permaneciesen hasta sanar en sus colegios o en otra parte donde se cuidase de su salud y sobre los habituales lo dejaba a discreción de los Comisionados para que, con certificación de médicos, permitiesen quedarse a los que pareciese[n] no poder navegar»; debido a esta orden, algunos ignacianos enfermos quedaron alojados en el colegio del Espíritu Santo de Puebla (véase Alegre, *Memorias para la historia de la provincia*, p. 219).

que usan los hospitales, navíos y ejércitos, no la hemos hallado en los regulares españoles, pues [sobre] los jesuitas que entre ellos han muerto, lo hemos sabido muy tarde, y esto no por ellos, sino por algún seglar que caritativamente nos ha avisado. Por tanto, cuatro años después hemos sabido que murió el padre Juan Lorenzo Salgado en Tabladilla, en el convento de los franciscos descalzos; habiendo acaecido su muerte, según conjeturo por las razones de una carta, en el año 1781, sin saber ni día, ni mes, ni circunstancia alguna (mem. 240).

A pesar de que Juan Lorenzo Salgado muere en 1781, su memoria en el manuscrito boloñés aparece al final de 1785; es la antepenúltima memoria con la que el autor cierra el primer tomo de este testimonio. Cabe destacar que la llamada de atención a la descortesía y poca empatía de los sacerdotes regulares españoles ante el fallecimiento de los jesuitas es un motivo recurrente en las memorias que el padre Félix de Sebastián escribió sobre los misioneros del noroeste de la provincia novohispana; así también sucede con la del jesuita Francisco Javier Anaya, quien muere en 1783 y cuya noticia es conocida por De Sebastián hacia 1785: «Y según la costumbre que dejo ya dicha de los regulares de España, no hemos sabido nada, ni de la vida que allí hizo, ni de las circunstancias de su muerte; solo por carta de un seglar sabemos simplemente que murió en este año, mas ignoro el mes y día» (mem. 261). En las semblanzas de ambos padres se cita la misma descortesía, marcada por el silencio y poca consideración hacia los deudos, compañeros y amigos de estos jesuitas. En el manuscrito mexicano, tanto la semblanza de Salgado, como la de Anaya, ocupan el lugar que les corresponde según la data de su muerte.

Mediante cartas de seglares, el autor conoce, aunque con retraso, la muerte de sus compañeros, pero no las circunstancias de tales fallecimientos: si fue por vejez, enfermedad o accidente, datos que detalla perfectamente en las semblanzas de otros ignacianos, en el caso de los misioneros del noroeste de la provincia, lo ignora por completo; así lo vuelve a indicar en el segundo tomo del manuscrito boloñés, precisamente en la memoria del padre Alonso de Espinosa, quien fallece en 1786: «Mas no habiendo sabido nada de todo este tiempo (pues de los reclusos en conventos siempre lo hemos ignorado todo), llegó finalmente a mí noticia que murió en el dicho convento el día 21 de septiembre» (mem. 296). La semblanza biográfica de Espinosa se halla al final de las memorias de 1786 y no a mediados de año, como debía presentarse según el día y mes de su muerte.

La desinformación e ignorancia acerca de los fallecimientos de los misioneros hace cometer al escritor el mayor desatino en sus *Memorias*, ya que a finales de 1785 hace morir al padre José Garrucho en un convento español²¹ y tiempo

²¹ Resulta curioso que Rafael de Celis también lo haga morir en ese año: 30 de noviembre de 1785 (véase De Celis, *Catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús*, p. 175), por lo que seguramente ambos partieron de la misma fuente para fechar la muerte de Garrucho. Dado que Rafael de Celis

después se entera de que sigue vivo en España, por lo que hace una aclaración al final del primer tomo boloñés:

Escribí esta vida por haberme avisado de Madrid que el padre José Garrucho había muerto en donde dejo escrito. Después he sabido que vivía y que el difunto era jesuita de otra provincia y así cuanto digo de su muerte me retracto; si lo alcanzare en Dios, pondré lo que supiere de su muerte, mas lo escrito de su vida lo dejo tal cual, pues que lo he escrito estando muy bien informado²².

Cuando Félix de Sebastián entrega el manuscrito autógrafo a Lorenzo José Cavo, hacia 1798-1799, aún no tiene noticias convincentes de la muerte del padre Garrucho, por lo que en el testimonio mexicano no aparece esta memoria. Es importante subrayar que las epístolas se convirtieron en el único medio que el autor tuvo para saber sobre la vida y muerte de los misioneros de Sonora y Sinaloa; en ocasiones las cartas provenían de seglares y en otras, de sus propios hermanos jesuitas. Para narrar la experiencia del exilio de los misioneros novohispanos, De Sebastián recurrió al padre Francisco Ita, quien por medio de cartas enviadas desde España le dio cuenta pormenorizada de las penurias que vivieron sus compañeros en el destierro; así lo reconoce el autor en sus *Memorias*: «A él le soy deudor de las noticias de los trabajos de los misioneros de Sonora y Sinaloa, que como uno de ellos los padeció y nos los comunicó por carta» (mem. 243).

Con base en lo anterior, aunque no se puede establecer la fecha exacta en la que el misionero comenzó a escribir su obra integral, sí se puede deducir que las primeras 311 semblanzas (309 que componen el testimonio mexicano, más dos que aparecen en el primer tomo del manuscrito boloñés: las de los padres Watzelk y Garrucho), fueron redactadas durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta antes de 1799, cuando entregó el manuscrito mexicano al padre Cavo; mientras que las referentes a 1788-1796 (las 78 memorias restantes) muy probablemente fueron elaboradas durante los primeros quince años del siglo XIX, o quizá no estaban concluidas al momento en que De Sebastián ofreció el testimonio mexicano al padre Cavo.

terminó su *Catálogo* en 1786, es muy probable que no haya tenido la oportunidad de corroborar si el padre Garrucho había en verdad fallecido en noviembre de 1785. El padre Pedro Márquez, quien continuó la obra de Celis, tampoco corrigió ni enmendó ese dato; y los editores que han publicado el *Catálogo* de Celis no han hecho mención de esta inconsistencia.

²² Memoria numerada con el 289 en el primer tomo del testimonio boloñés, que no está consignada en el testimonio mexicano.

1. Peculiaridades de los manuscritos

En este apartado se sintetizan algunas de las peculiaridades de los manuscritos boloñés y mexicano, obtenidas mediante la *collatio externa* y la *collatio codicum* que se realizaron a ambos testimonios; ambas *collationes* arrojaron información significativa sobre la estructura de la obra y su creación, y permitieron establecer los criterios para editar la primera parte de las *Memorias*, que incluye 311 composiciones, correspondientes a 21 años de exilio. Para mayor claridad, los resultados de tales análisis se presentan mediante tablas. Enseguida se muestran los resultados obtenidos de la *collatio externa*:

Elemento	Testimonio boloñés		Testimonio mexicano
	<i>B1</i> ²³	<i>B2</i>	<i>M</i>
a) Portada	√ ²⁴	√	√
b) Cantidad de memorias	289	100	309
c) Numeración de memorias	√	√	√
d) Nota introductoria	√	x	√
e) Subtítulos: «Año de...» muerte	√ (19 subtítulos)	√ (11)	√ (21)
f) Subtítulos con el nombre del jesuita fallecido	x	√ (100 nombres)	√ (309)
g) Encabezados (años de muerte)	x	x	√
h) Índice	√ (1 índice)	√ (2)	√ (1)
i) Secuencia cronológica en la disposición de las memorias	x	x	√

En la *collatio externa* se encontraron cinco elementos comunes: *a)* ambos testimonios tienen portada; el manuscrito boloñés presenta una por cada tomo. La portada del segundo tomo concuerda casi por completo con la del primero, pero se le agrega la siguiente leyenda: «Tomo segundo desde el año 1786». *M* omite en la portada el dato sobre que Félix de Sebastián era «misionero [...] de la nación Tubara». También ambos códices cuentan con *c)* numeración en las memorias, *d)* una nota introductoria, *e)* subtítulos que agrupan a los jesuitas por el «Año de...» muerte, y *h)* índice.

²³ Por economía, a cada manuscrito se le asignó una letra, que se corresponde con la ciudad donde se encuentra el testimonio: *B1* para el primer tomo del manuscrito boloñés y *B2* para el segundo; y la letra *M* para el manuscrito mexicano.

²⁴ Las cruces indican que el elemento enunciado se omite en el manuscrito que se cita y la paloma que dicho elemento sí se encuentra.

B1 y *M* presentan un índice en orden alfabético, mientras *B2* tiene dos índices: el primero en orden alfabético y el segundo según el año de muerte de los jesuitas. *B1* presenta alteraciones en la numeración de las semblanzas: repite los números 67-68 y omite los números 273 y 274; *B2* no muestra alteración en la numeración: empieza en la 290 y termina en la 389. La numeración de *M* en varias ocasiones es corregida por el autor y los números están sobrepuestos; a veces resultan casi ilegibles, pero no presentan alteraciones significativas, salvo la memoria 304, que por error tiene el número 307. Debido a las irregularidades en ambos testimonios, en esta edición se corrigió la numeración de las memorias; asimismo, se conservó la portada, la nota introductoria, el índice alfabético, que al mismo tiempo señala el año de muerte de los jesuitas; y los subtítulos que agrupan a los ignacianos por año de muerte.

Las diferencias entre ambos testimonios son: *b)* la omisión de 81 memorias en *M*; así, el testimonio mexicano cuenta con 309 semblanzas y el testimonio boloñés, con 389; *f)* las 309 memorias de *M* poseen subtítulos centrados con los nombres de los fallecidos, los cuales anteceden a cada semblanza; en cambio las 289 memorias del primer tomo boloñés no contienen este paratexto; *g)* cada hoja del manuscrito *M* mantiene un encabezado con el año de muerte de los jesuitas; mientras en *B1* y *B2* no hay ningún encabezado. Es importante señalar que ambos testimonios están paginados, en vez de foliados: lo habitual en los manuscritos de la época era la foliación; finalmente, *i)* diferente disposición de las memorias en *B1*, *B2* y *M*; en los tomos del testimonio boloñés no siempre se respeta la secuencia cronológica de fallecimiento en la organización de las semblanzas de los jesuitas, debido a las razones señaladas en el apartado anterior.

La diferencia más importante consiste en la omisión de 80 memorias en *M*. El testimonio boloñés tiene la mayor cantidad de memorias (389), respecto al testimonio mexicano (309). La ausencia de 78 memorias (de la 312 a la 389) en *M* se justifica debido a la elaboración de esas semblanzas con posterioridad a la preparación del testimonio mexicano, manuscrito que, como se señaló párrafos arriba, fue entregado a finales del siglo XVIII al padre Lorenzo Cavo. Como ya se indicó, este testimonio comprendía los jesuitas fallecidos de 1767 a 1787; una vez entregado este código, el autor continuó escribiendo o completando las memorias de los ignacianos fallecidos durante nueve años más de exilio (1788-1796). Además de las 78 semblanzas, el autor omite dos más en *M*: las correspondientes a los padres José Watzelk (mem. 98) y José Garrucho (mem. 289). Ambas semblanzas se hallan en el primer tomo boloñés, por lo que fueron escritas antes de que el autor preparara la versión mexicana. La razón de la falta de la memoria del padre Garrucho en *M* ya se ha explicado: el misionero recibe información errónea sobre el fallecimiento de Garrucho y escribe su memoria; tiempo después rectifica su error y señala que aún se encuentra vivo en España.

Debido a que actualmente no se tiene certeza de la fecha exacta de la muerte de Garrucho y Félix de Sebastián no la tuvo ni siquiera en vida, en esta edición crítica decidí colocar en anexo esta memoria y le asigné el número 311. La falta de la memoria del padre José Watzelk (mem. 98) en el manuscrito mexicano no tiene una explicación satisfactoria. Curiosamente, tal semblanza no aparece en el índice de *B1*, en cuyo manuscrito sí es consignada; tal vez desde ahí comenzó la desventura de esa semblanza y acabó en un olvido por parte del autor en la versión final de la obra. Dado que no existe ninguna nota, como en el caso de la memoria del padre Garrucho, que justifique la omisión de esta semblanza en *M*, la regresé a su lugar: la número 98. La decisión de restituirle su lugar a la semblanza de Watzelk obligó a reenumerar las composiciones en esta edición, por lo que en el texto crítico quedaron 310 memorias (309 que aparecen en *M*, más la del padre Watzelk).

Sobre la segunda diferencia indicada hay que especificar que el subtítulo con el nombre del jesuita fallecido se compone además por el grado alcanzado por dicho ignaciano en la Compañía al momento de morir: padre, hermano o escolar. Así, se coloca primero el grado, seguido del nombre de pila y primer apellido del ignaciano; ejemplo: «Padre Pedro Blanco» o «Hermano Pedro Arenas (escolar)». El contenido de estos subtítulos es similar al que aparece en los catálogos anuales que creaba la Compañía de Jesús para registrar y dar a conocer a sus miembros: solían colocar uno o, máximo, dos nombres y solo un apellido, el paterno²⁵. Tales subtítulos no se encuentran en ninguna de las composiciones del primer tomo boloñés y sí aparecen en todas las semblanzas de *B2*. Cabe aclarar que los subtítulos en las primeras 14 memorias de *B2* (las referentes a los jesuitas muertos en los años 1786 y 1787) fueron colocados con posterioridad por el autor, quien no había contemplado este paratexto para las 303 memorias que ya había escrito (incluidas las 289 del primer tomo y 14 del segundo); esto se evidencia en la disposición que el autor hizo de las 14 primeras memorias del segundo tomo boloñés, ya que las colocó con tal cercanía, que para incluirles posteriormente el nombre del ignaciano fallecido, debió escribirlo en el interlineado que quedaba entre una semblanza y otra. La apariencia de estos paratextos en *B2* (el tono de la tinta, la ubicación forzada del subtítulo

²⁵ Por lo regular, en los catálogos jesuitas manuscritos solían aparecer dos listas: la primera donde se asentaba el nombre, patria, edad, fuerza, tiempo en la sociedad, oficios o cargos, grado en letras y grado en la sociedad; y la segunda, que contenía las cualidades del jesuita, como el ingenio, juicio, prudencia, experiencia, aptitud en letras, complexión y talentos; en ambas listas se le asignaba al integrante de la Compañía un número de entrada y bajo este se debía buscar en el catálogo. En los catálogos impresos se presentan menos datos, aunque elementos como el nombre, la patria, la fecha de nacimiento, la entrada a la Compañía y el grado son constantes (véanse *Catálogo de los nombres, patria, edad, entrada y grados de los sujetos de la Compañía* [México, Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, sección II: *Catálogo*, t. 12]; y *Catalogus Personarum et Domiciliorum*, 1751).

y el trazado distinto de las letras) hace visibles dos momentos en la escritura de Félix de Sebastián; asimismo, permite conjeturar que no fue hasta que escribió las memorias de 1787 que concibió agregar dicho paratexto a su obra en general. Es precisamente con la semblanza de Francisco Javier Clavijero (mem. 303) cuando decide separar sus memorias por medio de espacios en blanco de mayor tamaño e insertar el subtítulo al centro de la página con el nombre del soldado de Cristo difunto. Esta decisión resulta por lo demás funcional para el lector, ya que este puede ubicar y rastrear con rapidez a los jesuitas biografiados; además de que las memorias adquieren mayor unidad con un título, pues este sirve de presentación a cada ignaciano muerto.

La tercera diferencia es el año que aparece como encabezado en cada hoja del testimonio mexicano. En *M* la presentación del año al centro del margen superior de la página permite identificar y recordar con facilidad en qué año murió determinado soldado de Cristo, pues el autor solo indica al final de cada memoria el día y mes de muerte de cada ignaciano, por lo que el lector, si revisa diversas memorias por separado y no en el orden cronológico sugerido, debe estar muy atento al año que consulta para no perderse o confundirse. Tanto los subtítulos con el nombre del jesuita, como los encabezados, se conservaron al momento de editar estas *Memorias*.

La última diferencia entre ambos testimonios concierne a la organización de las memorias, ya que en nueve ocasiones el autor enmienda el orden de las semblanzas en la versión mexicana, pues su aparición en *B1* y *B2* no siempre respetaba la debida secuencia cronológica del fallecimiento de los jesuitas. En cinco casos se trata de una leve alteración del orden por inversión:

1) En *B1*, la memoria del padre Miguel Benjumea (mem. 52) antecede a la del hermano Francisco Villars (memoria 51), pero, según las fechas de muerte (Villars fallece el 3 de diciembre de 1767 y Benjumea el 4 de diciembre del mismo año), debe colocarse primero la memoria de Villars y luego la de Benjumea.

2) En el primer tomo del testimonio boloñés, la memoria de Cayetano Cortés (mem. 139) aparece primero y le sigue la de Faustino Vega (mem. 138); no obstante, Vega muere el 9 de mayo de 1772 y Cortés el 18 de mayo del mismo año, por lo que primero debe presentarse la memoria de Vega y después la de Cortés.

3) En *B1*, la semblanza del padre Juan Ildefonso Tello (mem. 172) antecede a la del hermano Juan Bautista Frankenkeisen (mem. 171); sin embargo, Frankenkeisen feneció el 10 de junio de 1775 e Ildefonso expiró el 5 de julio de ese año, por lo que debe aparecer en primer lugar la semblanza de Frankenkeisen y después la de Tello.